



Pilar Martín Cabaña, 74 años.
Verónica Ramírez Martín-Salas, 19 años.

Entre la huída y la muerte

La suerte nos puede tocar de muchas maneras. Se puede vivir en medio de una guerra y salir ileso de ella. Puede que muchas personas de nuestro entorno pasen situaciones difíciles pero finalmente sobrevivan. Esa fue la situación de Pilar Martín Cabaña. Ella ha pasado largas temporadas de su vida sin sus seres más queridos, y todo ello por culpa de una guerra, en concreto de la Guerra Civil Española.

Félix y Antonia se casaron el 25 de marzo de 1931. Él era militante del Partido Socialista (PSOE) y tenía una clara vocación política. Los dos componían una pareja feliz, más aún con la llegada de la Segunda República en el mes siguiente. Él trabajaba en la fábrica de cervezas de Mahou en Madrid. Sus compañeros contaban que siempre defendía a los obreros, la libertad y la democracia. Más tarde aprendería su propia lección al respecto.

Antonia tenía una especial relación con Antolín, su tío. Para él, Antonia era su sobrina preferida, y no dudaba en reconocerlo. El 31 de enero del año siguiente Antolín y su mujer Teodora tuvieron una niña, Pilar. Félix y Antonia decidieron ser sus padrinos. Pilar se convirtió para ellos en más que una ahijada, y durante gran parte de sus vidas mantuvieron una estrecha relación. Incluso residían cerca de la casa de Antolín, Teodora y Pilar, que vivían en la calle Embajadores de Madrid.

Con tan sólo cuatro años Pilar vio llegar la guerra, vio cómo se llevaron a su padre a combatir, y cómo tiempo después se quedaría sin sus queridos padrinos. España se encontraba en guerra, pero la República hacía sus previsiones. En caso de victoria, y ante la lógica reestructuración de España, se preparaban los nuevos candidatos. Félix sería el candidato socialista para la alcaldía de Toledo. Pero todo ello si la República ganaba la guerra.

La censura y las persecuciones de posguerra siguieron a Félix y a Antonia hasta cambiar por completo el rumbo de su vida. Ante la situación que se les presentaba con el régimen de Franco decidieron partir hacia Barcelona, para finalmente salir de España. Por entonces ya contaban con dos hijos, y para mayor complicación Antonia estaba embarazada de nuevo. Pero tenían que irse, o si no corrían el riesgo de ser detenidos. En Barcelona el bebé no se hizo esperar, y Antonia dio a luz. Las prisas se convirtieron en la tónica de aquellos días. Quien tampoco daba un respiro era la represión del franquismo. Escasos días después, y estando todavía Antonia convaleciente del parto, tuvieron que huir rápidamente hacia Francia. Félix sabía que les estaban siguiendo, que conocían su paradero y tardarían poco en encontrarles.

Llegaron hasta un campo de concentración. En Francia se ubicaban varios campos de refugiados donde llegaban multitud de españoles. Pasaron allí un tiempo antes de emigrar de nuevo, esta vez hacia las Américas. Por casualidades del destino no iban a estar tan solos en aquel campo de concentración. Antolín había sido capturado durante la guerra y fue trasladado al mismo sitio donde se encontraban Félix y su familia. El reencuentro fue más que emocionante. No sólo participaba en esta situación la tensión del momento, sino el hecho de llevar tres años sin verse. Esta ocasión sería la última en la cual Antolín vería a los padrinos de su hija, y por poco tiempo además. Acabada la guerra, y después de haber firmado el correspondiente



certificado de buena conducta, Antolín volvió a Madrid a reencontrarse con su familia.

El primer destino al llegar a América fue Santo Domingo. Aquél fue un lugar de tránsito, puesto que más tarde volverían a emprender el viaje, esta vez hacia Venezuela. Se instalaron en Maiquetía, localidad conocida por su aeropuerto Simón Bolívar Internacional. Maiquetía se encuentra al norte de Venezuela, junto al mar Caribe.

En Maiquetía, Félix y su familia pasaron el resto de sus vidas. El miedo al franquismo pudo más que el amor a España y a su familia, y no quisieron volver. No por ello dejarían de tener contacto con sus parientes, y en especial con su ahijada Pilar. A lo largo de los años Pilar recibió muchísimas cartas por parte de sus padrinos. Ellos le contaban el día a día en su nuevo país, en su nueva vida en un lugar muy diferente del que se fueron.

Una de las anécdotas que Pilar conoció gracias a dichas cartas fue la experiencia de sus padrinos con indígenas. Una de las cartas describía cómo los indios llegaban al pueblo para comprar. Vestían sólo con taparrabos y pagaban los alimentos con pepitas de oro. Pero a pesar de esa y alguna que otra exótica experiencia, sus mentes no vivían tranquilas allá en Venezuela. En la mayoría de las cartas Félix se arrepentía en parte de su pasado: "querida ahijada, si las cosas se pudieran hacer dos veces se harían de otra manera, o no se harían". A menudo repetía que si las personas tuvieran dos oportunidades no volverían a hacer ciertas cosas. Su lección aprendida fue que nunca hubiera vuelto a meterse en política si tenía que soportar el exilio y la separación de su familia. La represión consiguió hacerle arrepentirse de lo que hubo sido vocación e ilusión por la democracia y la libertad. El hecho de que murieran sus padres sin volver a verlos, de separar a su esposa de su familia, a sus hijos de los abuelos, tíos, primos... Todo ello era lo que dolía, y sólo por tener ideales distintos.

Cuando volvió de la guerra, el padre de Pilar abrió un comercio donde se vendían pescado, huevos, y con el tiempo productos ultramarinos. Cuando fue algo más mayor, Pilar comenzó a trabajar en la tienda, al igual que otra prima suya sobrina de su madre. Una mañana la policía apareció por la tienda. Buscaban a Félix. Antolín y Pilar sabían dónde vivían porque la dirección de Maiquetía venía escrita en los sobres de las cartas. Obviamente no les delataron, y por suerte nunca más les volvieron a molestar.

Pilar se casó en 1959. Sus padrinos no pudieron estar presentes en su boda, pero no faltó la correspondiente carta de felicitación. Félix y Antonia le expresaron la gran felicidad que sentían por su matrimonio, y algún consejo adjunto: "querida ahijada, en la vida del matrimonio hay que ser esposa, además de amante". Félix solía dar recomendaciones a su ahijada en cada carta, las cuales sirvieron a Pilar de mucho en su vida.

Pero como es sabido por todos, la distancia hace el olvido. Las cartas fueron frecuentes mientras los padrinos de Pilar vivieron, pero Félix murió en noviembre de 1963, y su esposa había fallecido tres años antes. Al morir ellos, el contacto con sus hijos se perdió. Félix y Antonia no habían vuelto a España nunca, y sus hijos se quedaron allí en Venezuela. Carmina, la hija mayor, vino en dos ocasiones a España, y fue cuando Pilar y ella se conocieron. La última vez que Pilar había visto a sus padrinos tenía seis años. Desde entonces, como recuerdo sólo le quedaron las cartas y las fotografías que mandaron. Y las breves visitas de Carmina.



Romper por completo con los seres queridos es una experiencia dura que muchos españoles sufrieron. El dolor se multiplica cuando no se hace por elección, sino por necesidad u obligación. Es duro que fuercen a elegir a las personas entre la dignidad o la humillación. O entre la vida, y la familia. Entre los ideales propios, o los que imponen. Y entre la huida, o la muerte.

Lo importante de la vida

Pilar recuerda con tristeza algunos hechos, pero prefiere contarlos. Asegura que en la vida no hay que pretender olvidar el pasado. Éste nos puede recordar los errores cometidos y ayudar a no tropezar con la misma piedra. Por ejemplo, con la guerra: "todas las guerras son injustas porque muere gente inocente", afirma. Está muy segura de que es bueno recordar lo que nos ha sucedido en la vida. Mirar atrás y ver los errores del pasado puede ayudar a la gente a mantenerse con los pies en la tierra. Nadie es perfecto, en eso todos de acuerdo. Pero hay que ofrecer segundas oportunidades. Hay que dejar que los demás miren también hacia su pasado, se fijen en lo malo y en lo bueno, pidan perdón si procede, y puedan rectificar en su vida.

Otra cosa de la que Pilar se dio cuenta tras ver varias injusticias a lo largo de su vida es que no hay que discriminar a las personas por ser diferentes. Ella opina que todas las personas son iguales y merecen el mismo trato. No por tener ideas diferentes o ser de otro color hay que excluir a nadie. Pilar repite en varias ocasiones: "a mí me da igual que seas de izquierdas que de derechas, blanco, negro o colorao, cristiano o ateo; a mí lo que importa es la persona, cómo se porta con los demás".

Tras haber visto tantas cosas, Pilar cree que tampoco hay que quedarse anclado y lamentarse continuamente del pasado. No hay que olvidar, es verdad, pero también hay que vivir. Tenemos que disfrutar de la vida, salir, estar alegres, distraerse... No es bueno a ninguna edad pero llegados a ciertas edades no puedes quedarte encerrada en casa porque no disfrutas de vivir y te lo pierdes todo.

Después de toda una vida, Pilar ha aprendido a valorar las cosas esenciales y se considera feliz. Cobra una de las pensiones más bajas, está viuda y vive sola, pero asegura que no le hace falta nada. No tiene dinero ni riquezas, como ella dice, pero no le importa. La única envidia que dice sentir es de la mujer que tiene aún a su marido. Pero luego se corrige diciendo que es una envidia sana. Para acabar, su propia conclusión: "yo soy feliz con lo que tengo".